



## TU BOCA

ARA formar tan hermosa  
esa boca angelical,  
hubo competencia igual  
entre el clavel y la rosa,  
la púrpura y el coral.

Mintiendo sombras de bien,  
en ella el mal se divisa,  
por lo que juntos se ven  
ya la apacible sonrisa,  
ya el enojoso desdén.

Y en los senos abrasados  
engendra con doble holganza,  
ó con tormentos doblados,  
cada risa una esperanza,  
cada desdén mil cuidados.

Cual las conchas orientales  
es tu boca, y por vencerlas  
muestra en riquezas iguales,  
cuando desdena, corales,  
y cuando sonríe, perlas.

Y si con sombras de bien  
tal vez el mal se divisa,  
es porque en ella se ven  
guardar la miel de su risa  
las flechas de su desdén.

Si á mí su rigor alcanza,  
al ver su hermosura, siente  
el corazón doble holganza;  
y aunque un desdén me atormente,  
deme una risa esperanza.

¡Bien haya la dulce boca,  
que sólo sus frescos labios  
el aura pasando toca;  
que haciendo al ámbar agravios,  
su miel á gustar provoca!

¡Oh, bien haya cuando ufana  
dando enojos á la rosa,  
muestra su cerco de grana,  
fresca como la mañana,  
como el azahar olorosa!

Y si acaso dulcemente  
suelta plácidas congojas,  
ya es el rumor del ambiente,  
ya el susurro de las hojas,  
ya el murmurar de la fuente.

Si alegres sonos respira,  
las aves del prado encanta;  
y si á vencerlas aspira,  
con las que gimen, suspira;  
con las que gorjean, canta.

Tu miel, aroma y colores,  
rinde en amante oblación,  
flor, ante cuyos primores,  
mustias é inútiles flores  
las flores del valle son.

El néctar más regalado  
deja que de amores loco  
beba en tu labio abrasado;  
para una abeja es sobrado  
lo que para muchas poco.

Mas ¡ay! que vertiendo quejas,  
me esquivas tu dulce miel;  
en vano de una te alejas  
si ves que miles de abejas  
poblando van el verjel.

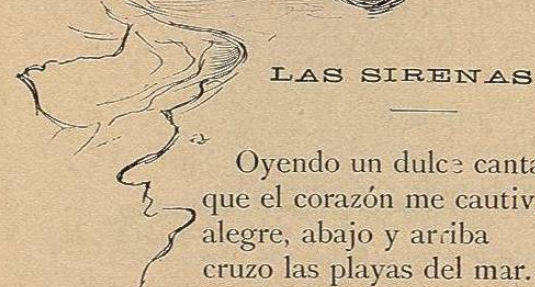
¡Ay de la rosa encarnada,  
que en su seno de carmín  
niega á una abeja la entrada!  
Tantas la acosan al fin,  
que queda sin miel, y ajada.

¡Ay de las cándidas flores,  
si alzan su capullo tierno  
del estío á los ardores!  
¡Ay del panal, si el invierno  
lo hiela con sus rigores!

Dame los gustos sin tasa,  
pues ves que el sol estival  
las tiernas flores abrasa:  
mira que amarga el panal  
cuando de sazón se pasa.

Ríndete á mí placentera:  
no te rinda con agravios  
de abejas la turba fiera:  
que herir esos dulces labios  
herirme en el alma fuera.

De ese tesoro las llaves  
dame, y sus dones ardientes  
libaré en besos suaves,  
sin que lo canten las aves,  
ni lo murmuren las fuentes.



## LAS SIRENAS

Oyendo un dulce cantar  
que el corazón me cautiva,  
alegre, abajo y arriba  
cruzo las playas del mar.

Pues no hay recuerdos ni penas  
que no revista de encanto  
ese dulcísimo canto  
de esas que llaman *sirenas*,

Aunque á sus tiernos cantares  
ensayen rudos concertos,  
bramando roncós los vientos,  
sordos mugiendo los mares.

Mirando al agua, las horas  
paso en la fresca ribera,  
por ver las sombras siquiera  
de tan divinas cantoras.

Mas aun no sé cuándo bellas  
hinden las ondas esquivas,  
ni si deslizan furtivas  
sobre las aguas sus huellas.

Jamás las ví entre la bruma  
cruzar los aires sutiles,  
ni adormecerse gentiles,  
meciendo esquifes de espuma.

Ignoro si divertidas,  
cuando las ondas se amansan,  
tal vez alegres descansan  
sobre las rocas tendidas;

Y cuando horrisono ensaya  
hondas tormentas el mar,  
tampoco sé si á buscar  
vienen asilo á la playa.

Voy, por mirarlas á solas,  
de roca en roca saltando,  
y al desbravarse, mirando  
una por una las olas.

Mas nunca en la densa bruma  
llego á mirar las sirenas,  
ni en las revueltas arenas,  
ni en rocas, aguas ni espuma.

Y sólo llego á escuchar  
cómo responde entretanto  
al dulce son de su canto  
con broncos tumbos el mar.

Mas ¿quién sabe si en rocas ni en arenas,  
será el buscarlas importuno intento,  
por ser esas dulcísimas sirenas  
los quiméricos seres de algún cuento?

Y si quimeras son, ¿cómo ó de dónde  
se elevan esos plácidos cantares,  
á cuyo ruido celestial responde  
el bronco son de los revueltos mares?

¿Y por qué entonces incesante giro  
de playa en playa, delirando á solas,  
y una por una embelesado miro,  
al desbravarse con furor, las olas?

¿Por qué prendado de la mar sonora,  
al fresco borde de su margen fría,  
las sombras al bajar, me halla la aurora,  
y la noche al subir, me deja el día?

Sin duda que en sus huecos inmortales,  
en aposentos de esmeraldas finas,  
otra raza de seres celestiales  
ilustra sus moradas cristalinas.

Porque un recuerdo, en mi ilusión de gloria,  
me despierta, bramando, el mar profundo,  
y un niño solo tiene en su memoria  
angélicos recuerdos de otro mundo.

— Cantad y refrenad, hondas sirenas,  
el furor de los bravos aquilones,  
aunque no os vea en rocas ni en arenas,  
seáis sombras, recuerdos ó visiones.

Cantad y refrenad los vendavales  
que el manto arrugan de la mar tendida,  
y en alas de esos cantos celestiales  
llevad hasta su término mi vida.

De la existencia por el mar horrendo  
mi nave conducid á toda vela,  
no cual tardo reptil que va gimiendo,  
como el ave que canta cuando vuela.

En palmas me llevad, cual los bajeles  
que guiáis á las playas más remotas;  
así os formen bellísimos doseles  
con sus alas las blancas gaviotas.

— Cantad, sirenas; de la mar sonora  
al ronco son alzad vuestra armonía,  
como al fulgor de la naciente aurora  
murmulllos alza la floresta umbría.

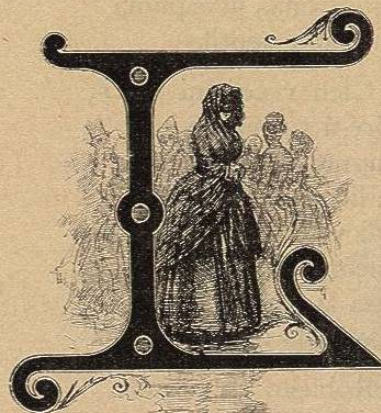
Muévaos el ver cómo incesante giro  
por veros en las vastas soledades;  
y aunque fantasmas soís con quien deliro,  
son los sueños mis dulces realidades.

Hay almas como la mía,  
que no aquejan pesadumbres,  
y pronto, si las aquejan,  
su grave peso sacuden.  
Almas felices en todo,  
que sólo sus gustos cumplen  
siguiendo tantos placeres  
cuantos pesares rehuyen.  
Almas, en fin, que no hay pena  
que felizmente no endulcen,  
próximo mal que no espanten,  
lejano bien que no busquen;  
que siempre los serafines  
ven en los aires azules;  
junto á las verdades, sueños;  
entre las tinieblas, luces;  
flores sin fin en los llanos,  
fuentes y luz en las cumbres,  
en los estanques sirenas,  
y sílfides en las nubes.  
Dichosas almas que tienen  
el delirar por costumbre,  
y siempre hermosas visiones  
con tierno afán las circuyen;  
que penetrando en el cielo,  
roban osadas su lumbré,  
y luego pintan el mundo  
con un color que seduce.  
— ¡Y á la verdad, es muy triste  
mirar con ojos comunes  
las ásperas realidades,  
sin los mágicos vislumbres  
con que las visten las almas,  
del cielo robando el lustre,  
porque esmaltadas, los rayos  
de nuestros ojos no ofusquen!  
¡Es triste dejar la senda  
que césped y flores cubren,  
para seguir un camino  
que abrojos su paso obstruyen;  
y no que aunque al fin se acerquen,  
y la existencia aventuren,  
las almas como la mía  
en alas de los querubes  
caminan al ¡ay! postrero  
por esas sendas ilustres  
que noblemente trazaron  
entre la tierra y las nubes!  
Por eso junto á los mares,  
aunque fatídicos mugen,  
oigo un son como el del aire  
que entre los árboles fluye,  
y miro chocar las ondas  
que en su furor se destruyen,

y las espumas que cuajan,  
y las riberas que cubren,  
todo por ver las sirenas;  
y ni en las aguas volubles,  
ni en los diamantes que arrojan,  
ni en la arena que sacuden,  
ni en las altísimas rocas  
donde su rabia destruyen,  
las llevo á ver en mi anhelo,  
cantando con sus laudes;  
pero las creo, aunque acaso  
de su existencia se dude,  
porque en creerlas el alma  
con todos sus gustos cumple,  
y porque también he visto  
que las verdades sucumben  
ante el aspecto risueño

de unas mentiras tan dulces.  
Por eso en los hondos valles  
no hay muelle son que no escuche,  
delirio que no me halague,  
verdad que no me repugne;  
ni oigo un ave que pintada  
quejas de amor no divulgue,  
cuando dulcísimas pueblan,  
cantando, los abedules.  
Alegres nuevas me traen  
los pájaros transeuntes;  
me es plácida cualquier brisa,  
y cualquier aire perfume.  
Y aunque estos y otros placeres  
loco tal vez me figure,  
las almas como la mía  
con sólo soñarlos cumplen.

## LA BEATA DE MÁSCARA



A del enlutado manto,  
la de la toca de encaje,  
la de mil hombres encanto,  
¿cuánto va á que no es tan santo  
tu pecho como el ropaje?

En vano ocultarnos trata  
de tus ojos los destellos  
el liénzo que te recata;  
y por Dios que son, beata,  
para ser santos, muy bellos.

Sobre tu nevado seno  
pesa la cruz de un rosario,  
y aunque humilde nazareno,  
muriera de gozo lleno  
en tan hermoso calvario.

Y, pese á tu religión,  
en vano ¡ay triste! sofoca  
deseos mi corazón;  
que oculta una tentación  
cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna,  
y juro, aunque temerario,  
no creo en tí fe alguna,  
sí pasas una por una  
las cuentas de tu rosario.

## AL RÍO NAVIA

Déjame ver ¡oh fugitivo espejo!  
pintada en tu cristal la patria mía;  
déjame ver á tu falaz reflejo  
el sitio do mi cuna se mecía.

Tú el primer canto de mi amor oíste;  
al nacer, tu saludo fué el primero;  
tú mi primer vagido recogiste;  
recogerás también el ¡ay! postrero.

Tu margen florida  
pisé siendo niño,  
y al ver tanto aliño  
en torno de tí,  
ensueños hermosos  
forjaba la mente,  
creyendo inocente  
que el mundo era así.

Ví alegre en tus aguas  
la vega pintada;  
de flores cercada  
la vida soñé;  
mas eran ilusos  
tus varios colores,  
y abrojos sin flores  
tan sólo encontré.

Bullendo sonoro  
meció tu murmullo  
con plácido arrullo  
mi edad infantil;  
y yo, pobre niño,  
pensé, Navia, que era  
pensil tu ribera,  
tus aguas pensil.

Mas ¡ay! que las flores  
que tú retratabas,  
y al prado encelabas,  
florido rival,  
ansioso mi anhelo  
quería gozarlas;  
pero iba á tocarlas,  
y hallaba cristal.

Si fueron tus flores  
mentidas visiones,  
y mis ilusiones  
se fueron en pos,  
¡ay Navia! lloremos

engaños que vimos,  
pues locos mentimos,  
mentimos los dos.

Inquieto en tus aguas  
el viento remueve  
montañas de nieve  
en playas de azul,  
brillando en sus cumbres  
zafir y esmeralda,  
su líquida falda  
bordada de tul.

Entre algas y arenas  
serpeas errante,  
cual mole ondeante  
de inmenso reptil,  
sirviéndote fácil  
de aliento la bruma,  
de escamas la espuma  
que flota gentil.

Cien veces mi patria  
miré á tu reflejo,  
magnífico espejo  
de limpio cristal;  
y al verla en tus aguas  
mecerse bullente,  
ilusa la mente  
juzgábala igual.

Robusto en el valle  
tendiéndote manso,  
con blando descanso  
te huelgas en él;  
trocando tus perlas  
por sus esmeraldas,  
ciñendo guirnaldas  
de rosa y clavel.

Si ansiosa mi vista  
de sombras y tules,  
tus ondas azules  
tal vez consultó,  
bullir en el fondo  
veía tu hielo,  
la vega y el cielo,  
las flores y yo.

Si fueron mentidas  
tan bellas visiones,  
y mis ilusiones

se fueron en pos:  
¡ay Navia! lloremos  
engaños que vimos,  
pues locos mentimos,  
mentimos los dos.

Río, que invades copioso  
del hondo valle la anchura,  
refrena e curso abundoso;  
que tras de este valle umbroso,  
te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,  
cesa de ir tan vano, cesa;  
porque en tu loca arrogancia  
vas midiendo la distancia  
que hay de la cuna á la huesa.

En esa orilla inmediata,  
ante ese mar inmortal,  
tu mole allí se desata,  
y hundes la frente de plata  
en su seno de cristal.

Y entonces, adiós mis sueños,  
adiós tus flores mentidas;  
pues tú entre giros risueños,  
y yo entre gratos ensueños,  
acabamos nuestras vidas.

Y si ambos fuimos en pos  
de sueños, teniendo en poco  
el mundo real, vive Dios,  
que ignoro cuál de los dos  
ha sido, Navia, más loco.

Que á la luz de la pasión  
los sentidos se embelesan;  
pero al llegar la razón,  
plomo los párpados son,  
que sobre los ojos pesan.

Adiós, Navia; en tu jactancia  
cesa de ir tan vano, cesa;  
no olvides que en tu arrogancia  
vas midiendo la distancia  
que hay de la cuna á la huesa.





## EL AMOR DE LA SIERRA

tiempo que sube ufana,  
matizando el horizonte,  
de púrpura la mañana,  
cantando, de un fresco monte  
baja una linda serrana.

Con voz que á la alondra afrenta,  
el campo alegrando viene,  
y aunque triste se lamenta,  
mucho el oírla contenta  
por lo que de dulce tiene.

No hay céfiro, ave ni fuente,  
que con su voz no avasalle;  
por eso á su son doliente  
responden tan dulcemente  
los ruisseños del valle.

En su purísimo acento  
hallan los tristes dulzura,  
los tibios grato ardimiento,  
los afligidos contento,  
y los amantes ternura.

Baja el rebaño olvidado,  
y es, á mi entender, locura  
pensar que cuide el ganado  
la que tan sólo se cura  
de un amoroso cuidado.

No halaga ya cual solía  
á la cordera leal,  
que cuando sal la ofrecía,  
antes de comer la sal,  
su blanca mano lamía.

Y si de la sierra al prado  
baja, al nacer la alba hermosa,  
no es por mirar si templado  
se eleva el sol coronado  
de grana, jazmín y rosa:

Es por oír un pastor  
que acaso á sus resplandores  
cántigas alza de amor;  
y ella se muere de amores,  
oyendo al dulce cantor.

Mirando va con presteza  
los fresnos uno por uno,  
y es por ver si en su corteza  
al nombre de su belleza  
añadió su nombre alguno.

En vano á la fuente, ansiosa,  
su sed va á apagar cruel,  
porque á aquel labio de rosa  
el agua le es enojosa,  
y desabrida la miel.

En vano con dulce riego  
su sed un momento halaga,  
pues ignora en su error ciego  
que sólo el amante fuego  
con llama de amor se apaga.

Y mira tan envidiosa  
al olmo la vid amena  
entrelazarse frondosa,  
como su tez la azucena,  
como sus labios la rosa.

Y vagando con la mente  
embebida en sus amores,  
tal vez se lava en la fuente,  
ó tal vez indiferente  
coge, sin notarlo, flores.

Ya con ansias más süaves,  
sobre la florida alfombra,  
templa fatigas más graves,  
y acaso á la fresca sombra  
duerme al rumor de las aves.

— ¡Qué hermosa está entre claveles  
cuando gentil se recuesta,  
templando penas crüeles,  
bajo los verdes doseles  
de la encantada floresta!

¡Qué bello entre esencia pura  
adormecer los sentidos,  
ver el agua que murmura,  
y respirar la frescura  
de pabellones floridos!

¡Cómo el pecho se serena  
entre ilusiones sin fin,  
adonde el alma enajena  
ya el color de la azucena,  
ya la esencia del jazmín!

¡Qué vista tan placentera  
nos forman cruzando á veces  
en perspectiva hechicera,  
los ríos por la pradera,  
y por los ríos los peces!

Son las delicias mayores  
ver poblado el firmamento  
de fúlgidos resplandores,  
de gratos sonos el viento,  
y el campo de ricas flores.

Entonces es cuando mansa  
quejas el aura suspira,  
su furia el torrente amansa,  
y sobre el prado que gira  
bañando rosas, descansa.

Entonces van transparentes  
los aires meciendo olores;  
forman ruido las corrientes,  
los prados alzan colores,  
despiden brillos las fuentes.

Los frescos vientos olean,  
la flor su bálsamo exprime,  
los verdes sauces ondean,  
y si una tórtola gime,  
mil ruisseños gorjean.

Tendida en la verde alfombra  
la serrana, ni galán  
templa el céfiro su afán,  
ni la humedad de la sombra,  
ni el fresco del arrayán.

— En vano con loco intento  
buscas, serrana, la calma,  
pues llevas de tu tormento  
la causa en el pensamiento,  
y la inquietud en el alma.

¿Con qué nombre te embelesas,  
que en la arena lo describes,  
y de copiarlo no cesas,  
que tantas veces lo besas  
por cada vez que lo escribes?

¿Por qué á escuchar los pastores  
vas, cuando á la aurora cantan,  
si ves que brotan amores  
los delicados vapores  
que las praderas levantan?

Escucha el murmullo blando  
de aquella fuente serena  
que cerca va murmurando,  
el bello tren arrastrando  
de algas, espumas y arena.

Y en ella ve tus perfiles,  
si es que acaso los divisas,  
sin que sus ondas sutiles  
aguesas formas gentiles  
desvanezcan con sus risas.

Y tu mejilla rosada  
mírala ya sin color;  
advierte, en hora menguada,  
la boca más colorada  
descolorida de amor.

No escuches ¡ay! los pastores,  
si quieres cobrar la calma,  
pues del alba á los fulgores  
abre su sagrario el alma,  
como su cáliz las flores.

Mírate en la fuente igual;  
y mira que solicitas,  
serrana hermosa, tu mal,  
si en la inconstancia no imitas  
su trasparente cristal.